

NARRACION HISTORICA

DE LAS

VICTORIAS DE ALGUNOS MARTIRES PARTICULARES.



BREVE PRELIMINAR.

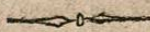
Decimos de algunos Mártires particulares, porque no pretendemos en este libro dar una historia de todos los mártires que ha habido en la Iglesia, sino tan solo referir al azar, sin guardar orden de tiempos ni de personas las victorias de algunos santos que mayor intrepidez mostraron en sus combates, y sufrieron tormentos los mas acerbos que inventar pudiera la crueldad de los tiranos. En algunas de nuestras narraciones, parecerá increíble como los perseguidores de la fé pudieron hasta tal punto encarnizarse contra los santos Mártires, siendo estos inocentes y no haciendo mal á nadie. Pero ¿de donde podia nacer aquella fiereza de los bárbaros tiranos? En primer lugar, nacia del odio que generalmente tenian á los cristianos, los cuales con la santidad de sus costumbres y virtudes eran el mas terrible acusador de la vida infame de aquellos. Nacia tambien de las instigaciones de los demonios, que aborrecian con mas furor aquellos santos que con sus

heróicos ejemplos promovian mas especialmente el ardor de la fé, y animaban los demas á que los imitasen.

Pero nacia sobre todo del despecho que estos tiranos concebian contra los mártires al verse vencidos por niños, por tiernas doncellas y por hombres sencillos é ignorantes que les echaban en cara la locura de querer seguir una falsa religion que admitia todos los vicios, y hacia adorar unas deidades falsas y depravadas cuya vida, segun enseñaban los mismos gentiles, no era mas que una serie de torpezas é iniquidades que les habian atraido la execracion de los hombres. Aumentábase su rabia por la multitud de prodigios que sucedian por intercesion de aquellos santos: veian á las fieras echarse humilladas á sus pies; veian las ascuas y el plomo derritido que no les causaban daño, y otros portentos semejantes. Poníanse á gritar: ¡Magia! ¡magia! ¡prestigio! ¡encantamientos! Pero los pueblos en vista de aquellos prodigios se convertian y abrazaban la fé á millares. Esto es lo que hacia bramar de rabia á los inicuos jueces. Creian estos infundir el terror inventando nuevos tormentos, y extinguir la fé matando cristianos; pero cuanto mas multiplicaban los tormentos y cuantos mas cristianos hacian morir, en vez de disminuirse, crecia el número de los fieles que se ofrecian al martirio. Cuenta Tertuliano que hallándose gobernador del Asia un cierto hombre llamado Arrio, presentóse un dia tan considerable multitud de cristianos que confesaban á Jesucristo, que tuvo repugnancia de hacer morir tanta gente. Mandó matar á algunos, y dijo á todos los demas: Vosotros si ganas teneis de morir no faltan precipicios á donde podeis arrojaros, andad pues; y así les dió libertad.

Así que, como ya hemos dicho, no se proyecta aquí dar una historia general de los Mártires, sino de algunos de ellos mas notables. Ni eche menos alguno si, hablando de algun mártir, no describo minuciosamente las circunstancias que en otros libros se encuentran, pues solo procuramos manifestar aquellos hechos mas ciertos y estraidos de autores aprobados, prescindiendo de algunas particularidades, que no diré ser falsas, pero que he hallado dudosas ó deducidas de documentos inciertos ó sospechosos de falsedad. Observa el cardenal Baronio en sus Anales (año 507, n. 23) que al escribir las vidas de los santos « mas vale referir pocas « cosas y ciertas, que muchas é inciertas, pues las pocas, cuando son verdaderas, son recibidas por el lector con agrado y aprovechamiento; pero al contrario, « cuando se le proponen cosas dudosas mezcladas con « las verdaderas, entonces sucede que tiene por sospechosas hasta las que son verdad.» Y por esto conviene omitir aquellos hechos que tienen sospecha de falsedad; con tal, añado yo, que la sospecha no sea aerea, sino fundada sobre algun juicio razonable; pues cuando el autor que las refiere no tiene fama de mala fé, ó que todo lo va hacinando sin distincion, sino que es antiguo y de probidad, instruido y exacto, y no hay pruebas positivas para dudar de la veracidad de las actas del martirio; no es justo reprobear sus aserciones, en especial cuando aquel hecho está apoyado en una antigua y no contrariada tradicion. Digo esto, porque algunos autores parece que hacen gala de dudar de todo. La crítica y el discernimiento en la eleccion de los hechos y de los autores que se siguen es muy necesaria para honor de la verdad, pero cuando la crítica es escesiva, llega á

dañar á la verdad misma. Así como es debilidad el querer creerlo todo lo que se escribe sin fundamento, así tambien por el contrario es una especie de temeridad el querer ponerlo todo en duda, y en especial el pretender negar el crédito á los hechos mas prodigiosos de los santos, solo porque son muy prodigiosos. Preciso es persuadirse que Dios puede mucho mas de lo que nosotros podemos comprender con la debil y limitada luz de nuestro entendimiento. Al escribir estos triunfos de los Mártires, he puesto todo el cuidado que me ha sido posible, estrayendo los de los autores mas doctos, fidedignos y bien reputados. He cercenado todas las palabras inútiles, y ciertas particularidades inoportunas, procurando presentar lo substancial con claridad y precision, y escogiendo entre los triunfos de los Mártires aquellos que están llenos de rasgos heróicos y de documentos importantes, y que mas pueden conducir á nuestra edificacion. Empezemos pues á describir sus victorias.





PRIMERA PARTE.



§ I.

SAN IGNACIO MARTIR

1. San Ignacio, obispo de Antioquía, llamado tambien *Teoforo*, esto es, *Puerta de Dios*, vivió en el primer siglo de la Iglesia. Fué discípulo de los Apóstoles y especialmente de S. Juan. Por ellos fué bautizado y despues ordenado obispo de la iglesia de Antioquía, fundada y gobernada, primero por S. Pedro, y en donde los discípulos de Jesucristo tomaron el nombre de cristianos.

2. Tomó S. Ignacio el gobierno de aquella iglesia despues de la muerte de S. Evodio, sucesor de S. Pedro y muerto en el año 69 del Señor; bien que el padre Orsi adopta la opinion de otros, que pretenden que S. Ignacio sucedió inmediatamente á S. Pedro. Gobernó el Santo aquella iglesia con tanto celo que todas las iglesias de la Siria recorrían á él como á un oráculo. En la persecucion de Domiciano tuvo que sufrir muchos trabajos y fatigas, esponiendo á grande riesgo su vida por la conservacion de la fé y alentando á todos para que no prevaricasen. Por lo demas desde entonces suspiró

por el martirio y acostumbraba decir que no creía amar á Jesucristo sino cuando hubiese dado por él su vida.

5. Muerto Domiciano en el año 96, y habiéndole sucedido Nerva, calmó la tempestad. Pero en este tiempo no dejaban los hereges de turbar la paz de la Iglesia, por lo cual escribiendo el Santo á los fieles de Esmirna les exhortaba á que se guardasen de hablar con aquellos : « Contentaos, les decia, de rogar á Dios por ellos, que se abstienen de la Eucaristía, porque niegan que en ella se contenga la carne de Jesucristo, el cual padeció por nuestros pecados. »

4. En el año 105 volvió á levantarse la tempestad bajo el imperio de Trajano, el cual despues de haber vencido los Scitas y los Dacios, á fin de honrar á sus dioses, obligó á todos con su edicto que sacrificasen en honor de aquellos, bajo pena de muerte. Caminando posteriormente contra los partos, y volviéndose á encontrar en Antioquía, oyó decir allí el grande celo y copioso fruto con que S. Ignacio propagaba la religion cristiana. Llamóle Trajano á su presencia y le dijo : — ¿Eres tú aquel infame demonio, llamado Teoforo, que te complaces en violar nuestros mandatos acerca de los sacrificios á nuestros dioses y seduces este pueblo predicando la ley de Cristo? — Respondió Ignacio : Sí, Principe, me llamo Teoforo; pero Teoforo no puede ser llamado demonio, porque los demonios van siempre distantes de los siervos de Dios. Si me llamas demonio porque les inquieto disipando sus imposturas y achanzas, ya merezco tal nombre. — Preguntóle Trajano que significaba el nombre de Teoforo; y le respondió : significa *Puerta de Dios*. Replicó Trajano : — ¿Tú llevas á Dios en tu corazon? No tenemos tambien noso-

tros en nuestro seno los dioses que nos protegen? — Entonces Ignacio santamente indignado exclamó: — Es un error, ó príncipe, dar el nombre de dioses á los demonios que adorais vosotros; uno es el único y verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra; y no hay mas que un solo Jesucristo su único Hijo. — Replicó el Emperador: — ¿Hablas tú de aquel que fué crucificado por Pilatos? — Y replicó el Santo: — Sí, de aquel hablo, que condenó á los malvados demonios á estar debajo los pies de los cristianos que llevan á Jesucristo en su corazon. — Añadiéndole que Trajano y todo su imperio hubieran sido muy felices si hubiesen creído en Jesucristo. Pero el emperador no quiso escucharle mas en este punto, y le prometió hacerle sacerdote de Júpiter y presidente del senado si quisiese sacrificar á sus dioses. Respondió el Santo, que á él le bastaba el ser sacerdote de Jesucristo, por quien deseaba derramar su sangre. Indignado entonces Trajano, pronunció la sentencia que Ignacio fuese conducido á Roma en cadenas, para ser arrojado á las fieras y servir de espectáculo al pueblo romano.

5. San Ignacio oida la sentencia levantó los ojos al cielo y exclamó: — Gracias os doy, Señor, de haberos dignado concederme el beneficio de que pueda daros una prueba de mi amor con el sacrificio de mi vida; y por esto anhelo ardientemente ser devorado de las fieras y ofreceros de este modo el sacrificio de todo mi sér. — Presentó despues las manos á las cadenas, besándolas de rodillas y abrazándolas con alegría. Recomendó despues á Dios con lágrimas á su Iglesia, y entregado luego á los soldados, fué conducido á Seleucia con dos de sus diáconos, Filón y Adatopode, los

cuales se cree escribieron despues las actas de su martirio; y de Seleucia pasó á Esmirna. Donde quiera pasaba el Santo no dejaba de confortar á los fieles á perseverar en la fé y en la oracion, á amar los bienes del cielo, y despreciar los de la tierra. Los cristianos acudían á tropel á su encuentro, para recibir de él la bendicion; especialmente los obispos y sacerdotes de las iglesias del Asia, venían en cuerpo á saludarle, y viéndole caminar tan alegre á la muerte, lloraban enternecidos. Llegado á Esmirna abrazó á S. Policarpo, consolándose los dos recíprocamente, y desde allí escribió tres cartas á las iglesias de Efeso, de Magnesia, y de Tralia, llenas de uncion del Espíritu Santo. Entre otras causas escribia á los fieles de Efeso: — « Yo llevo mis cadenas por Jesucristo, que son para mí perlas espirituales, y de las cuales estoy mas satisfecho que de todos los tesoros del mundo. »

6. Sabiendo despues que algunos habitantes de Efeso debían pasar de Esmirna á Roma por un camino mas corto que el suyo, escribió con esta ocasion á los fieles de Roma la mas célebre de sus cartas. La carta es algo estensa y no haré mas que transcribir sucintamente los pasajes mas notables. « Dejádme que sea pasto de « las fieras y que por su medio llegue á la posesion « de mi Dios. Trigo soy de Dios y debo ser molido por « los dientes de las fieras, para ser despues puro pan « de Jesucristo. ¡Cuanto deseo yo hallar aquellos brutos « prontos á devorarme! Yo mismo los escitaré para que « acaben pronto su obra y que no me respeten como « han hecho con otros mártires; y aun cuando no « quisiesen venir les obligaré á que me devoren. Per- « donadme, hijos míos, yo bien sé lo que me conviene.

« Ahora empiezo á ser discípulo de Cristo, pues nada
« deseo de lo visible para encontrar mejor á Jesucristo.
« Vengan sobre mí el fuego, la cruz, las fieras, el rom-
« pimiento de huesos, la division de miembros, el
« destroz del cuerpo y todos los tormentos que inventó
« el demonio, con tal que me una con Jesucristo.
« Mejor es para mí morir por Jesucristo que empuñar
« el cetro del universo. Perdonadme, hermanos míos;
« no me impidais el llegar á la vida inmortal, ni os
« opongais á la muerte de mi cuerpo. Dejadme imitar
« la pasion de mi Dios y no me tengais envidia por la
« dicha que me cabe; y si cuando estuviere junto á
« vosotros de otro modo os hablase, no me escuchéis,
« atended únicamente á lo que ahora os escribo. El
« objeto de mi amor ha sido crucificado. No deseo otro
« manjar corruptible, si únicamente el pan incorrup-
« tible de la vida, que es la carne de Jesucristo y la
« bebida de su sangre. Si llego á consumir mi sacrificio,
« señal será que vosotros lo habeis querido y que ver-
« daderamente me amais. »

7. Habiendo llegado á Troades escribió desde allí otras cartas á Filadelfia, á Esmirna y una á su amigo S. Policarpio, á quien recomendó la iglesia de Antioquía. Pero temiendo los soldados llegar á Roma demasiado tarde, pues estaban para concluir los juegos públicos; redoblaron el camino con gran contento del Santo, que anhelaba llegar presto á su suplicio. Al entrar en Roma acudieron los cristianos á tropel para verle y saludarle. Estos, como dice Fleuri, tenían el proyecto de persuadir al pueblo que rehusase la muerte de Ignacio; pero el Santo les espuso lo mismo que habia escrito en su carta y les aquietó. Luego que hubo

entrado en Roma se arrodilló con los demas cristianos, ofreciéndose á Dios por el próximo sacrificio de su vida y rogó por la paz de la Iglesia. Inmediatamente fué conducido al anfiteatro, adonde habian acudido innumerable número de gentiles. Al momento que escuchó los rugidos de las fieras repitió aquellas sus palabras : *Trigo soy de Dios, molido debo ser por los dientes de las bestias para ser ofrecido como pan puro á Jesucristo.* En un instante fué el Santo devorado por los leones como tanto habia deseado, y á punto de espirar se le oyó pronunciar el nombre santo de Jesucristo. No quedó de su cuerpo sino los huesos mas duros los cuales fueron recogidos por sus dos diáconos y transportados á Antioquía. En la siguiente noche se les apareció S. Ignacio coronado de luces refulgentes. Aconteció su martirio á 20 de diciembre del año 107. Despues de la destruccion de Antioquía por los Sarracenos, las reliquias del Santo fueron llevadas á Roma en la iglesia de S. Clemente, donde ahora se veneran con la mayor devocion. Las actas del martirio de san Ignacio se hallan en la *coleccion* que hizo Ruinart de las *Actas sinceras de los mártires.*

§ II.

SANTA JULITA Y S. QUIRICO SU HIJO.

1. Santa Julita era noble de la ciudad de Iconio en la Licaonia. Bajo el imperio de Diocleciano y Maximiliano hallábase Domiciano, hombre de crueldad estremada, gobernando aquella provincia, motivo por el cual Santa Julita en el ardor de la persecucion, tomando á Quirico



hijo suyo de tres años, con dos sirvientas, se retiró á Seleucia en la Isauria, para vivir con mayor seguridad; pero allí encontró á Alejandro procónsul de la Cilicia, el cual no era menos bárbaro contra los cristianos que rehusaban sacrificar á los falsos dioses. Pasó la Santa de Seleucia á Tarsis, adonde llegó al mismo tiempo Alejandro : un poderoso usurpador la habia despojado de casi todos sus bienes, y habiéndole la Santa hecho comparecer en juicio, no teniendo el usurpador razon alguna que le favoreciese, alegó únicamente que ella como cristiana no podia ser admitida en defensa segun las leyes promulgadas por el emperador. Ya habiéndolo oido el pretor mandó prender á Julita, la cual se presentó al juez junto con su tierno niño Quirico, que en sus brazos llevaba : mandó el pretor preparar el fuego y el incienso, y ordenó luego á Julita que sacrificase á los dioses del imperio, y que renegase de Jesucristo, pues sin esta previa circunstancia no podian los cristianos valerse de las leyes para su defensa. Respondió la Santa : — Yo soy cristiana y como tal pronta estoy á perder no solamente mis bienes sino la misma vida antes que negar á mi Dios. — Mil veces la importunó el juez para que abjurase la fé; pero ella teniéndose por feliz en perder bienes terrestres para alcanzar de eternos, respondió siempre : — Yo soy cristiana y no puedo negar á Jesucristo.

2. Airado Alejandro por su firme resolucion, mandó que se le arrancase de su seno el tierno hijo que llevaba, que fuese puesta sobre un ecúleo y azotada bárbaramente con cueros de buey. Pero la Santa en medio de aquellos tormentos no hacia otra cosa que repetir : — Cristiana soy, y no sacrificio á vuestros dioses. — En-

tretanto el pequeño Quirico mirando á su madre lloraba amargamente y hacia esfuerzos para volver á sus brazos. Tomóle Alejandro y le puso sobre sus rodillas, haciéndole caricias para aquietarle. Quiso hasta darle un beso; pero el niño continuando en mirar á la madre, procuraba con todas sus fuerzas apartar de sí la cara del inicuo juez, defendiéndose con sus pies y tiernecitas manos y esclamando tambien : — *Yo soy cristiano*. Entonces el brutal y feroz procónsul, apurada ya la paciencia, tomó á Quirico por un pié y desde lo alto del trono en que estaba sentado, le arrojó con furia contra la tierra; y cayendo el niño y dando con su cabeza contra los ángulos de las gradas se la rompió, y salpicó con su sangre y su cérebro el sólio del tirano, espirando en aquel mismo instante. Entonces la madre en vez de lamentarse por tan fiera crueldad, levantó la voz llena de júbilo y esclamó : Gracias os doy, Dios mio, de haber llamado á vos á mi hijo antes que á mí.

3. Mas indignado el juez contra Julita por este hecho, mandó que con uñas de hierro le fuesen dilacerando sus costados y que se derramase sobre sus pies un vaso de pez hirviendo. Uno le dijo entonces : Julita, ten piedad de tí misma, no hagas el mismo fin que tu hijo y sacrifica á los dioses. Pero ella valerosa en aquellos tormentos, respondió : — Yo no sacrificio á los demonios ni á estátuas insensibles; adoro á Jesucristo, y deseo juntarme con mi hijo en el cielo. — Por fin el juez la privó de todos sus bienes y la condenó á las llamas. La Santa rebosando en júbilo, puesta en el lugar del suplicio se arrodilló (como refiere el P. Massini en su excelente tratado de las vidas de los santos, segun las actas de los mártires escritas por Ruinart) esclamando :

— Señor, vos que os habeis dignado hacer partícipe á mi hijo de la gloria de los santos, volved hácia mí vuestra mirada y concededme un lugar entre las almas destinadas á amaros y adoraros para siempre. — De este modo la santa inflamada en la llama del divino amor que en su corazón ardía y llena de júbilo, consumió en el fuego el sacrificio de su vida. Así lo refiere el P. Orsi (*Histor. eccle.*, tom. 4, lib. 10, n. 67.) alegando la autoridad de S. Basilio. Fleuri confirma la muerte de esta Santa en el fuego (*Histor.*, tom. 2, lib. 9, n. 59.), y añade á lo que refiere el P. Orsi, que en el lugar del martirio, en el tiempo en que murió la Santa, brotó una fuente que curaba á los enfermos.

§ III.

S. VICENTE DIACONO.

1. San Vicente fué uno de los mas célebres mártires de España; natural de Zaragoza, su familia era de las mas distinguidas de aquella ciudad. Puesto desde su juventud bajo la dirección de Valerio, obispo de aquella Iglesia, recibió de él instrucciones abundantes no solo en la religion, sino tambien en las letras humanas; por lo cual siendo ya Vicente aventajado en erudición y doctrina, Valerio le ordenó de diácono; y con motivo de ser este prelado algun tanto balbuciente, le encargó la predicación, y nuestro Santo cumplió tan bellamente su encargo, que convirtió gran número de pecadores y hasta de gentiles.

2. Por aquel tiempo, esto es, en el año 105, la España estaba sujeta al imperio de Maximiliano, y Dacia-

no era gobernador de la provincia Tarraconense, de la cual formaba parte Zaragoza. Daciano era un hombre cruelísimo, enemigo encarnizado de los cristianos; y al oír los grandes progresos de Vicente en pro de la religion cristiana, le hizo comparecer junto con su obispo Valerio en Valencia, donde residía. Ante todo les hizo sufrir mucho por las prisiones, para que con los malos tratamientos estuviesen mas dispuestos á pervertirse. Mas no tardó en conocer que poco habia adelantado con este medio. Y así habiéndoles llamado á su presencia, les habló primero con dulzura: dirigiéndose á Valerio le manifestó que su edad ya avanzada exigía reposo, el cual encontraria fácilmente obedeciendo las órdenes del emperador, pues de lo contrario sentiria los efectos de su justa indignación. Volviéndose despues hácia Vicente le dijo: — Vos sois jóven todavía; abandonaos á los favores de una fortuna que tan risueña se os presenta; bastará para merecerla que abandoneis vuestra religion. Hijo mio, obedeced á los emperadores y no os espongaís con vuestra negativa á una muerte de ignominia.

3. Entonces Vicente dirigiéndose á Valerio, que nada habia respondido á las palabras del presidente, le dijo: — Padre, si es de vuestro agrado responderé por vos. El santo obispo, que estaba ya dispuesto á sufrirlo todo por Jesucristo, le contestó: — Sí, hijo mio; así como os he encargado de predicar por mí la divina palabra, os encargo ahora el proclamar nuestra fé. — En seguida Vicente declaró á Daciano, que ellos no adoraban sino un solo Dios y no podían adorar á los demonios, que eran los dioses del imperio; y añadió despues: — No creais amedrentarnos con las amenazas de la muer-

te, ni seducirnos con las promesas de los honores, porque nada hay en el mundo que pueda compararse con el honor y con el placer que encontramos en morir por Jesucristo. — Enfurecido Daciano con aquella libertad del santo diácono, le respondió espumando de rabia : — O vosotros ofrecereis inciensos á los dioses ó pagareis con la muerte el desprecio que haceis de ellos. — Y S. Vicente levantando la voz dijo : — Ya os he dicho que este era el mayor placer y el mas alto honor que podiais dispensarnos, el hacernos morir por Jesucristo. Y estad seguro que mas presto os cansareis de atormentarnos que nosotros de sufrir los tormentos.

4. Mandó entonces Daciano que Valerio fuese desterrado y desfogó toda su indignacion contra Vicente. Primero le mandó atar á un potro, en donde le fueron estirados pies y manos de tal suerte con aquella horrible máquina, que luego se oyeron crujir los huesos dislocados, y los miembros del santo mártir quedaron desunidos y solo se aguantaban por medio de los nervios. Pero viendo el tirano el gozo del Santo en medio de aquel tormento, y oyendo que decía, como refiere Fleuri. — Esto es lo que siempre habia deseado que me sucediese : he aquí por lo que habia yo suspirado toda mi vida ; se incomodó con los verdugos, echándoles la culpa, y les mandó que azotazen con varas al mártir, pues pensaba que por falta de los verdugos no sentia el Santo los tormentos. Ordenó despues que le fuese desgarrada la carne en espaldas y costados con uñas de hierro hasta que se le viesen las costillas. Y conociendo el bárbaro quanto crece el dolor de las llagas, cuando estas despues de resfriadas se vuelven á abrir de nuevo, mandó que nuevamente le fuesen desgarrados con las

uñas sus costados, y que no cesasen hasta descubrir las centrañas del Santo corriendo arroyos de sangre. Pero entretanto S. Vicente insultaba al infame presidente, diciéndole como escribe el P. Orsi : — ¿ Ya que faltan las fuerzas á tus ministros, porqué no vienes tú que eres el primer verdugo á ayudarles? Descarga sobre mí tus crueles manos y sacia tu sed en mi sangre. Te engañas si crees vencerme con los tormentos ; dentro de mí hay otro hombre fortificado por Dios á quien tú no puedes vencer. — A lo menos, le dijo el tirano viendo su invencible constancia, enséñame los sagrados libros que conservas para poder arrojarlos al fuego. Y respondió S. Vicente que el fuego estaba reservado no para abrasar los sagrados libros, sino para castigar eternamente á los malvados ; y no vaciló en anunciarle que si no dejaba el culto abominable de los ídolos seria condenado eternamente á aquel fuego abrasador.

5. Creyéndose el presidente insultado con aquella respuesta, ardiendo en cólera condenó al Santo á ser quemado vivo sobre unas parrillas de hierro erizadas de agudas puntas. S. Vicente al oír tan bárbaro mandato previno por sí mismo á los verdugos, adelantóse y se puso sobre las parrillas debajo las cuales ardia ya el fuego, y fué atado con cadenas de manos y de pies. Además mientras se estaba abrasando, los verdugos le iban aplicando planchas ardientes sobre las carnes dilaceradas del pecho y del vientre. Y por último sobre las vivas llagas echaban puñados de sal, que cayendo despues en el fuego, herian de rechazo aquellas carnes ya asadas y desgarradas.

6. En medio de tormentos tan atroces Vicente, con semblante risueño y vueltos los ojos al cielo, bendecia

al Señor que se dignaba aceptar su sacrificio. Todos admiraban la fuerza prodigiosa que comunicaba Dios al santo jóven; y los mismos paganos esclamaban, ¡milagro! milagro! Por manera que Daciano se vió obligado á quitar de la vista del público aquel espectáculo de paciencia. Mandó pues que Vicente fuese conducido á la cárcel, en donde no contento aun con tantos martirios como le habia hecho sufrir, quiso que le sujetasen los pies con el cruel instrumento llamado *nervo*, en el cual á menudo dejaban la vida los santos confesores. Despues le hizo estender sobre pedazos de vasos rotos, cuyas agudas puntas volviéndole á abrir sus llagas le renovaban sus cruelísimos dolores. Y por fin para fatigar del todo la paciencia del Santo, mandó que nadie se le acercase ni le dirigiese la menor palabra de consuelo; pero Dios burló los vanos designios del tirano, viniendo á visitar por sí mismo al mártir y consolarle, invitándole á la gloria del paraiso. En lo mas profundo de la noche vió el Santo un resplandor celeste y que se separaban los dos grandes maderos del cepo que oprimian sus pies, percibiendo al mismo tiempo un divino perfume, y legiones de ángeles le rodearon anunciándole de parte de Jesucristo el fin de sus tormentos invitándole á la gloria celestial. Deslumbrados los centinelas por aquella luz que salia de las rendijas de las puertas, se acercaron á ellas, y al oír los angélicos coros que junto con el santo mártir ensalzaban á Dios, abrazaron todos la fé cristiana.

7. Informado Daciano de este suceso, mandó sacar á Vicente de la prision, ponerle en un morbido lecho y curarle las heridas, para que despues le pudiese atormentar de nuevo. Los fieles á esta nueva corrieron á vi-

sitar al Santo; unos besaban sus llagas, otros le enjugaban con finísimos lienzos guardándolos despues como objetos preciosos. Mas llegó por fin el momento en que Vicente debia triunfar; espiró sobre aquel lecho entre los abrazos de sus hermanos y á la vista de los ángeles que le asistieron y le acompañaron despues al reino bienaventurado.

8. El tirano que supo aquella muerte mandó que el cuerpo del Santo fuese espuesto para servir de alimento á las fieras; pero destinó el Señor á un cuervo que con su pico y con sus garras le defendiese de aquellas, y sobre todo de un lobo que habia venido á devorarle. No sabiendo ya Daciano que hacerse contra el Santo, mandó que su cuerpo puesto en un saco fuese arrojado á lo profundo del mar: su órden fué cumplida; pero el saco aunque atado á una enorme piedra, flotó sobre las aguas como una pluma, é impelido por los vientos se dirigió por la parte de Valencia. En vano los marineros se afanaron para alcanzarle: el cuerpo del Santo antes de llegar ellos fué depositado por las mismas olas sobre la playa, y luego quedó cubierto de arena. Aparecióse luego el Santo á una piadosa muger llamada Jonica y le indicó el lugar en que estaba depositado su cuerpo; y así sin perder momento aquella muger con otros cristianos fué al lugar indicado, en donde encontraron las santas reliquias, depositándolas por entonces en una pequeña capilla. Pero restituida la paz á la Iglesia fueron trasladadas á un magnífico templo cerca de Valencia, en donde han sido siempre veneradas con grande devocion. Dice S. Agustin: *Quæ hodie regio, quousque christianum nomen extenditur, natalem non gaudet celebrare Vincentii* (Serm., 276, n. 4). Las actas del mar-

tirio de este grande Santo se hallan tambien en la coleccion de Ruinart.

§ IV.

DE LOS SANTOS AGRÍCOLA Y VITAL Y DE OTRO SAN VITAL
MARTIRES.

1. Agrícola fué gentilhombre de la ciudad de Bolo-
nia, llevando una vida muy cristiana cuando ardia la
persecucion de Diocleciano. Y por la bondad que con
todos usaba se habia conciliado la estimacion y el afecto
general hasta de los gentiles. Tenia á su servicio otro
santo hombre llamado Vital, que le servia con la mayor
fidelidad; y como entrambos amaban á Jesucristo, se
ayudaban recíprocamente en la práctica de las santas
virtudes, y se disponian y se animaban á dar su vida
cuando Dios así lo ordenase por la santa Fé. Mas tocó á
Vital el ser mártir el primero, y adelantarse á prepara-
rar, como dice S. Ambrosio, el lugar á su amo en el
cielo. Habiéndole puesto preso los enemigos de la fé
para forzarle á que renunciase á Jesucristo, le atormentaron de modo que no le dejaron miembro alguno
de su cuerpo que no fuese una llaga. No obstante man-
tuvo siempre firme en confesar el nombre de Jesu-
cristo, el cual, hallándose Vital muy cerca de consumir
el sacrificio, envió un ángel que le mostrase en una vi-
sion la corona que en el cielo le tenia preparada. Por
lo cual el Santo, antes de espirar en su suplicio, hizo
esta oracion. — Jesus Salvador y Dios mio, haced que
venga á vos mi alma como deseo y que reciba la corona
que vuestro ángel me ha manifestado. — Y acabada
esta oracion lleno de gloria voló á los cielos.

2. Lisonjeábanse los perseguidores que con los tor-
mentos y con la muerte de Vital inducirian á su amo
Agrícola á renegar de la fé. Mas habiendo empezado á
persuadirle que obedeciese los edictos imperiales, sa-
crificando á los ídolos, vieron que eran inútiles todas
sus persuasiones. Pues Agrícola en vez de manifestarse
aterrado por los crudos tormentos y por la cruel muerte
dada á Vital, habia cobrado mayor ánimo y mayores
deseos de serle compañero en la corona, dando la vida
por Jesucristo. Desesperados, pues, los enemigos de
apartarle de la fé, le condenaron á muerte y tuvo la di-
cha de sufrir una muerte semejante á la de Jesucristo.
Pues le hicieron morir crucificado, clavando sus miem-
bros en la cruz con muchos garfios.

3. Los cuerpos de estos dos santos mártires junto
con los instrumentos de su suplicio fueron sepultados
en un cementerio, en donde yacieron desconocidos
hasta el tiempo en que manifestó el Señor á S. Ambro-
sio el lugar de su sepultura. Pasando pues este Santo
en el año 393 por Bolonia, encontró ya su precioso de-
pósito, y con mucha pompa le trasladó á una iglesia.
Tomando para sí una parte de la sangre de los santos
mártires y de la cruz de san Agrícola, que encontró en
el sepulcro, la llevó á Florencia, colocándola en el altar
de una iglesia que después consagró en aquella ciudad.
Y en esta ocasion hizo el Santo un sermón, que se halla
en el tomo 3º de sus obras, del cual se ha sacado la no-
ticia de aquellos mártires, que se halla tambien en las
actas recogidas por Ruinart.